

llas para su caída, se aumentó al saber que se hallaban en Cigales (dos leguas de Valladolid) muchas compañías de gente armada. Sirvió esto á Alburquerque para intentar persuadir al rey de que los hermanos bastardos llevaban torcidos designios contra su persona; mas esta sugestion se desvaneció con la llegada de un escudero enviado al rey por sus hermanos para decirle en su nombre que tenían gusto en asistir á sus bodas segun su mandato, que si traian consigo gentes de armas, no era por otra cosa sino por temor á don Juan Alfonso que sabian era su enemigo, pero que estaban en todo á la merced del rey su hermano, y harian lo que les ordenase, siempre que los asegurara de don Juan Alfonso de Alburquerque. Esta declaración, que hubiera debido desconcertar al privado, no hizo sino empeñarle mas en su afan de convencer al rey de la necesidad de hacer la guerra á unos vasallos que venian como en asonada, hasta destruirlos y matarlos. La prueba de que obraban ya tibiamente en el ánimo del monarca los consejos del valido, fué que á pesar de todo su ahinco por llevar aquello á trance de rompimiento, cruzáronse tales mensajes entre don Pedro y sus hermanos, todos ya y cada cual con su hueste en los campos de Cigales, que al fin, dado seguro por el rey á los hijos de doña Leonor, vióse á estos acercarse á don Pedro desarmados de sus lorigas, besarle la mano, y entrar todos juntos á conferenciar en una ermita que alli habia.

De mal humor debió presenciar esto Alburquerque, y de peor talante sin duda los vió salir y encaminarse unidos don Pedro y sus hermanos en direccion de Valladolid. Sin embargo disimuló, y aquella noche los sentó á cenar á su mesa. La condicion con que fueron don Enrique y don Tello recibidos en la merced del rey, fué la de entregarle las fortalezas que tenian y darle en rehenes sus principales caballeros.

Terminado este incidente, procedióse á celebrar las reales nupcias en la iglesia de Santa María la Nueva de Valladolid con suntuosa ceremonia y espléndido aparato. El rey y la reina iban vestidos de paños de oro forrados de armiños, y cabalgaban en caballos blancos; era padrino del rey don Juan Alfonso de Alburquerque, y madrina la reina que lo habia sido de Aragon, doña Leonor, hermana de Alfonso XI.: llevaba don Enrique de la rienda el palafren de doña Blanca, el infante don Fernando de Aragon el de la reina madre doña María, don Juan de Aragon el de doña Leonor su madre, é iban ademas en la régia comitiva don Tello hermano de don Enrique, don Fernando de Castro, don Juan de la Cerda, don Pedro de Haro, el maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, y otros ilustres próceres y grandes del reino. A la bendicion nupcial (3 de junio, 1353), siguieron las justas y torneos, y otros juegos y regocijos públicos. Parecia que todo respiraba fraternidad y concordia, y que todo anunciaba dias risueños de tranquilidad.

lidad y de ventura para Castilla. Nada, sin embargo, estaba tan cerca como el triste desengaño de esta bella esperanza.

Solo dos dias habian trascurrido cuando se espació por Valladolid la voz de que el rey pensaba ir á reunirse con doña María de Padilla. A la hora de comer entraron en su palacio y cámara las dos reinas viudas de Castilla y de Aragon, y con lágrimas en los ojos espusieron á don Pedro que sabedoras de su funesta resolucion le rogaban cuan encarecidamente podian que no hiciese una cosa que seria tan en deshonra suya como en escándalo y detrimento de su reino. Mostróse el rey maravillado de que diesen crédito á tales rumores, y las despidió asegurando y protestando que ni tal cosa habia pensado ni tenia voluntad de hacerla. Apenas tendrian tiempo las dos reinas para llegar á sus posadas, cuando ya don Pedro cabalgaba por las afueras de Valladolid acompañado de don Diego García de Padilla, hermano de doña María, y algunos pocos oficiales de su palacio. A la segunda jornada se hallaban ya reunidos don Pedro y doña María de Padilla en la Puebla de Montalvan, á donde la habia avisado se trasladase desde el castillo de este nombre, donde antes la dejára. Siguiéronle no tardando los dos hermanos bastardos don Enrique y don Tello, junto con don Juan de la Cerda, y en pos de ellos se fueron tambien los dos infantes de Aragon don Fernando y don Juan, dejando solo á Alburquer-

que: síntoma bien claro de que los hijos de doña Leonor de Guzman se arrimaban al partido de los Padillas en contra de este privado, y del desvío del rey hácia su antiguo favorito, con quien no contó para resolucion de tanta trascendencia. Compréndese la honda sensacion que causaria en Valladolid y en toda Castilla la fuga del rey en busca de las caricias de una amante, abandonando á una esposa á los dos dias de casado, el disgusto en que quedarian las dos reinas burladas con las mentidas seguridades de su hijo y su sobrino, y la tristeza y luto de la desventurada doña Blanca, esposa de dos dias, y víctima inocente del desvarío de un hombre á quien ni habia pensado ni tenido tiempo de ofender.

Habido consejo entre las tres reinas y el de Alburquerque, comisionóse á éste para que fuese á ver al rey y probára de persuadirle á que por honra suya y bien del reino volviese á vivir con su esposa doña Blanca. Salió pues don Juan Alfonso de Valladolid con muchos caballeros castellanos y sobre mil y quinientos hombres armados camino de Toledo, donde ya el rey y la Padilla se hallaban. No lejos de aquella ciudad salió á encontrarle el judío Samuel Leví, tesorero y confidente del rey, para escitarle de parte del monarca á que acelerára el viage, seguro de que hallaria el mismo favor que siempre en su soberano, y que, pues era supérfluo que llevase consigo tanta gente, la despidiera y mandára volver. Otro segundo mensage

enviado por el rey con el propio objeto hizo ya sospechoso á Alburquerque tanto empeño de don Pedro por que apresurára su camino, y con esto y con saber despues que el rey habia mandado cerrar todas las puertas de Toledo menos la de Visagra, y que habia dado á personas nuevas todos los oficios de palacio, conoció el objeto engañoso de aquellos mensajes, comprendió su caída, penetró el lazo que se le armaba, y en vez de proseguir su camino acordó con el maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, que éste se fuese á las tierras de su maestrazgo, y él se iria á sus castillos de tierra de Alba de Liste, donde se le habrian de reunir sus gentes, hasta ver el sesgo que aquello tomaba.

De tanto escándalo y de tan dañoso efecto debió parecer esta conducta de don Pedro, que los mismos de su nuevo consejo y privanza, los parientes mismos de la Padilla, señaladamente su tio don Juan de Hínestrosa, le instaron á que se volviese á Valladolid y á los brazos de su esposa. Hizolo asi el rey; y la alegría de las reinas y del pueblo fué grande al verle volver al camino de la razon. ¡Alegría fugaz! Otros dos dias trascurridos solamente entre el gozo de verle llegar y la amargura de verle salir para no ver ya jamás á la infeliz doña Blanca. A Olmedo se fué esta vez, donde pronto se le incorporó la Padilla. Harto claro se vió ya que el ciego monarca daba de mano á todo miramiento, y que marchaba sin mas nor-

te ni consejo ni guia que su desafortada pasion. El vizconde de Narbona y los caballeros franceses se tornaron á Francia escandalizados y mustios. La reina doña María se retiró á Tordesillas, llevándose consigo á su desconsolada nuera. Don Pedro habia soltado el freno á sus antojos, y ya no hay que esperar ni enmienda en el rey ni sosiego y ventura en el reino.

No buscó al pronto venganza, como era de recelar, el de Alburquerque. Antes entrando en negociaciones y pleitesias con el rey, conviniéronse, mediante haber dado don Juan Alfonso en rehenes sus dos hijos, el uno legítimo, don Martin Gil, y el otro bastardo, en que el de Alburquerque no moveria guerra desde sus fortalezas ni inquietaría á su soberano, y en que éste tampoco le molestaría en el goce de sus posesiones, bien permaneciese en Castilla, bien prefriese vivir en Portugal. Peor suerte cupo á varios caballeros de don Juan Alfonso, que con igual mision pasaban confiadamente á Olmedo. Gracias á doña María de Padilla, que obraba mas como reina prudente y generosa que como dama y manceba del rey, el uno fué sacado de la prision en que habia sido puesto, los otros se libraron de la muerte por aviso confidencial que recibieron de doña María, pero no dejaron de sufrir una persecucion vivísima por el rey hasta tener que refugiarse en Portugal. Allí se internó tambien don Juan Alfonso, no fiando ya en la pa-

labra del monarca, y desesperanzado de poder vivir tranquilo en Castilla.

Los hermanos bastardos del rey, los hijos de doña Leonor de Guzman, eran los que gozaban entonces de mas seguridad, y aun se veian hasta cierto punto halagados, porque entraba en el plan de los Padillas tenerlos contentos y devotos hasta acabar de destruir á Alburquerque. Asi el maestre de Santiago don Fadrique fué muy bien recibido por el rey en Cuellar, y hallándose el monarca en Segovia concertó las bodas de su hermano don Tello con doña Juana de Lara, una de las hijas que quedaron de don Juan Nuñez, disponiendo que fuese á tomar el señorío de Vizcaya. Pero al propio tiempo daba orden para que la infeliz reina doña Blanca fuese trasladada á Arévalo en calidad de presa bajo la guarda y vigilancia de escogidos oficiales de su palacio, con la prevencion de que á la reina doña María su madre no la permitiesen verla, que ya hasta de su misma madre desconfiaba el monarca desatentado. Y partiendo de Segovia á Sevilla, acabó de distribuir allí los oficios de palacio y del reino, entendiéndose que recayendo todos en los parientes y amigos de doña María de Padilla. Asi Diego García de Padilla, su hermano, tenia el cargo de su cámara; á otro hermano bastardo, Juan García de Villagera, le dió la encomienda mayor de Castilla; repartiendo los demás oficios entre don Juan Fernandez de Hinestrosa, tio de doña María, don Juan de la Cerda, don

Alvar García de Albornoz, don Fernan Perez Portocarrero, y otros de los que pasaban por mas enemigos de Alburquerque, no quedando con empleo ninguna de las hechuras de este antiguo valido. Pasaba esto en los últimos meses de 1353.

Inauguróse el siguiente con una persecucion que tuvo un horrible remate. Fué el blanco de ella aquel maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, á quien vimos retroceder del camino de Toledo con Alburquerque, receloso de la actitud del rey en aquella ciudad. Codiciaba aquel pingüe maestrazgo el hermano de la Padilla don Diego, no satisfecho con ser camarero mayor. A una invitacion del rey vino el don Juan Nuñez de las fronteras de Aragon á su villa de Almagro. Hacia allá marchó el rey, enviando delante con gente armada á don Juan de la Cerda. No faltó quien aconsejara al gran maestre que peleára con la hueste del rey, pero él lo repugnó, y confiando en el seguro del monarca prefirió ponerse en sus manos. Dióle el rey por preso, y el maestrazgo de Calatrava fué conferido á don Diego de Padilla. Dueño el nuevo maestre de la persona de su antecesor, encerróle en el alcázar de Maqueda, donde á los pocos dias terminó su existencia á manos de un verdugo. Dicen que fué don Diego de Padilla, no el rey, quien le mandó matar, pero el que ordenó la terrible ejecucion no cayó por eso de la gracia del monarca. Añádese que el Nuñez de Prado habia á su vez depuesto injustamen-

te del maestrazgo á su predecesor ; pero la expiacion de la injusticia del uno no creemos santifique el crimen del otro. Ya se ve señalado el camino por donde se precipitaba el rey don Pedro.

Creyó llegado ya el caso de poder atacar abiertamente las posesiones de don Juan Alfonso de Alburquerque, á pesar de la reciente promesa de seguridad, y le tomó la villa de Medellin, cuyo castillo hizo demoler. Púsose luego sobre la de Alburquerque, donde halló mas resistencia, y hubo de retirarse dejando por fronteros de esta plaza á sus dos hermanos bastardos don Enrique y don Fadrique; y pareciéndole que por otro medio podía apoderarse mas pronto de su antiguo válido, envió dos mensajeros á su abuelo el rey don Alfonso de Portugal, pidiendo les fuera entregada en su nombre la persona de Alburquerque para que fuese á Castilla á dar cuenta de su administracion pasada. Llegaron estos mensajeros á Evora en ocasion que el rey de Portugal celebraba las bodas de su nieta doña María con el infante de Aragon don Fernando. En contra de la acusacion que parecia envolver el mensaje y pretension de los enviados de don Pedro, pronunció el de Alburquerque ante el rey de Portugal un discurso tan enérgico y nutrido de buenas razones en defensa de su administracion en Castilla, de su desinterés y pureza, de sus servicios al rey don Pedro, respondiendo de reintegrar con sus bienes cualquier malversacion que acaso

alguno de los empleados por él pudiera haber hecho, y retando con aire de confianza al que lo contrario se atreviese á dar ó sustentar, que el monarca portugués acabó por dar la razon á Alburquerque, y tornáronse los mensajeros á Castilla sin lograr su objeto.

Los hijos de doña Leonor de Guzman, don Enrique y don Fadrique, que por política y no por devocion defendian entonces la causa del rey don Pedro, acordaron dar ya distinto rumbo á sus designios, y secretamente, por mediacion de un fraile franciscano, fray Diego Lopez, confesor de don Enrique conde de Trastamara, fueron á buscar por aliado cuando estaba caido al mismo á quien habian hecho guerra cuando era poderoso, á don Juan Alfonso de Alburquerque. Cuando aguija á muchos un mismo deseo de vengarse de otro, suelen los hombres unirse entre sí, siquiera sea momentáneamente, olvidando ó aparentando olvidar que antes han sido enemigos. Esto fué lo que aconteció á Alburquerque, oyendo con beneplácito la proposicion del fraile mensajero. La liga entre Alburquerque y los hijos de la Guzman quedó concertada, y su primer acto ostensible fué prender al hermano de la Padilla Juan García, comendador mayor de Castilla, que con los hermanos bastardos se hallaba de frontero contra las fortalezas de Alburquerque. Pero evadióse aquel de la prision, y fué á informar al rey de la conspiracion que contra él habia. Pensaron los nuevos aliados en proclamar al infante don Pedro de

Portugal, y hubieranlo hecho á no estorbarlo con energía su padre don Alfonso.

Oportuna ocasion habian escogido los de la liga, puesto que el rey don Pedro con nuevos y mas locos devaneos andaba entonces escandalizando, y fomentando la animadversion de sus súbditos. Habia puesto el rey sus lascivos ojos en una hermosa y jóven viuda, que lo era de don Diego de Haro, del linage de los señores de Vizcaya, llamada doña Juana de Castro. No escrupulizó el desatentado monarca, ya que con otros halagos no logró sin duda seducirla, en solicitarla para esposa. Espúsole la prudente dama la imposibilidad de ser llevada lícitamente á un tálamo á que en ley y en conciencia nadie sino la reina doña Blanca tenia derecho. La dificultad hubiera sido invencible para todo otro que encontrára reparos tratando de saciar su apetito; pero don Pedro salió de ella asegurando que no era casado, puesto que habia sido nulo su matrimonio con doña Blanca. Quedaba la dificultad de acreditar la nulidad de tan público enlace, y tambien la venció don Pedro, hallando dos preladós, el de Avila y el de Salamanca, ó tan débiles ó tan aduladores, que dándose por convencidos de las razones que el rey alegó, pronunciaron sentencia del nulidad declarando que podia casarse con quien le pluguiese. A pesar de todo, un caballero de Galicia, pariente de doña Juana, llamado don Enrique Enriquez, que andaba en este negocio de matrimonio,

pidióle por prenda de seguridad que le entregase en rehenes el alcázar de Jaen y los castillos de Castrojeriz y Dueñas. Pequeño sacrificio era este para quien se proponia satisfacer un deseo y llevaba vencidos obstáculos mayores, y los castillos fueron entregados. La jóven doña Juana, no sabemos si del todo cándida, si tal vez con miras menos disculpables, accedió á entregarse al rey en calidad de esposa, y las bodas se celebraron públicamente en Cuellar. Si doña Blanca de Borbon habia sido esposa de dos dias, doña Juana de Castro lo fué de una noche. En el mismo dia de las bodas recibió el rey la nueva de la confederacion de sus hermanos y Arburquerque, y al dia siguiente partió de Cuellar á Castrojeriz, donde se hallaba la Padilla, sin que jamás volviese á ver á doña Juana de Castro, á quien sin embargo dió para su mantenimiento la villa de Dueñas ⁽¹⁾. Por lo que hace

(1) Allí vivió mucho tiempo llamándose siempre reina de Castilla, aunque al rey no le gustaba. —Ayala, Crón., Año V., cap. 10 al 43.—Cuando el papa Inocencio VI. engañado antes por el rey don Pedro, supo la novedad de este caso, lleno de indignacion comisionó al obispo Bertran de Sienne, su internuncio, para que emplazara ante la córte de Roma á los obispos de Avila y de Salamanca, y obligara al rey por medio de las censuras de la Iglesia á vivir con la reina doña Blanca, su esposa legítima, procediendo en derecho contra él y contra los grandes que siguiéndole fomentaran su desatreglada vida. En otro breve posterior apostrofaba al rey don Pedro con las siguientes enérgicas y duras palabras: «Mira que ya la fama de tus crímenes resuena por el mundo: que ya suena en los oídos de todos el rumor de tus pecados, con los cuales se halla tu salvacion comprometida, el lustre de tu nombre oscurecido, violada tu gloria, rebajada tu dignidad, marchitado tu honor y tu real nombre manchado en su principio, destrozado por los labios de la multitud.... »*Ecce jam quasi orbis scelerum tuorum rumoribus perstrepit....* »etc.» Dat. Avin. IV. kalend maii, ann. II.—Raynald. Annal. Eccle. ann. 1354. n. 21.

á las fortalezas entregadas á don Enrique Enriquez, quitóselas tan pronto como llegó á Castrojeriz: con tal manera de cumplir compromisos bien podian hacerse bodas y empeñarse rehenes.

Para contrarestar la liga de los bastardos y de Alburquerque llamó don Pedro á sus primos los infantes de Aragon, y casó á don Juan con doña Isabel de Lara, hija segunda del difunto don Juan Nuñez, con ánimo de darles el señorío de Vizcaya, de que pensaba despojar á don Tello, suponiendo que éste no tardaria en ligarse con sus hermanos. Con esto, dejando en Castrojeriz á doña María de Padilla, que al poco tiempo dió á luz otra niña que se llamó doña Constanza, encaminóse el rey para Toro. Mas su proceder con doña Juana de Castro proporcionó á los de la liga la adquisicion de un nuevo aliado que vino á darles gran refuerzo y ayuda. Fué este don Fernando de Castro, poderoso señor de Galicia y hermano de doña Juana, que poco afecto ya al rey por piques anteriores se declaró ahora vengador de la afrenta de su hermana, y se confederó con los enemigos del que acababa de escarnecer á su familia. Encendióse pues la guerra en Castilla, Leon, Asturias y Extremadura, entre los hijos de doña Leonor, Alburquerque y don Fernando de Castro de una parte, y el rey y los infantes de Aragon sus primos de la otra. Tomábanse mutuamente fortalezas y castillos, y los magnates se arrimaban al partido de que esperaban mas medro.

Dispuso el rey que la desventurada doña Blanca fuese para mayor seguridad trasladada á Toledo y recluida en el alcázar bajo la custodia de don Juan Fernandez de Hínestrosa, el tio de la Padilla. Mas la juventud, la inocencia, el infortunio de una princesa de tan ilustre linage comenzó por escitar la compasion y las simpatías de las damas toledanas, y acabó por interesar á los caballeros é hidalgos de aquella noble ciudad en términos que se alzaron casi todos en su defensa, tomaronla bajo su proteccion, corrió gran peligro la vida de Hínestrosa, y eso que habia sido el mas caballeroso de sus guardadores, y partió éste á dar cuenta al rey de lo que pasaba en la ciudad.

Invitaron los toledanos al maestre de Santiago don Fadrique á que acudiese en su ayuda, como lo hizo, llevando consigo setecientos de á caballo, é hizo allí homenaje y pleitesía á su reina doña Blanca. El ejemplo de Toledo fué imitado por las ciudades de Córdoba, Jaen, Baeza, Ubeda, Cuenca y Talavera. El rey, que á tal tiempo se hallaba combatiendo á Segura, del maestrazgo de Santiago, acudió hácia el punto donde el peligro amenazaba ser mayor, y se vino á Tordehumos, no olvidándose de conferir antes el maestrazgo de Santiago á don Juan García de Villagera, hermano de la Padilla; que no desperdiciaba ocasion de acumular en la dichosa familia de su dama las mas altas y pingües dignidades del reino. Lo que en otro tiempo habia practicado su padre Alfonso XI. con la

familia de la Guzman, lo reproducia su hijo con la familia de la Padilla. Desdichada era de la monarquía castellana.

Nublábase de dia en dia, hasta amenazar apagarse la estrella que alumbraba á don Pedro. Hallándose en Tordehumos, despidiéronsele los infantes de Aragon, arrastrando consigo á la reina doña Leonor de Aragon su madre, y á la flor de los caballeros de Castilla, que habian seguido hasta entonces la parte del rey, y fuéronse todos á Cuenca de Tamariz. Natural era que tan pronto como esta defeccion llegase á noticia de los coligados, se regocijában estos y tratáran de hablar y enterarse con los disidentes de Cuenca, é hicieronlo asi; de forma que llegaron á reunirse y confederarse los infantes de Aragon, doña Leonor su madre, don Enrique de Trastamara, don Tello su hermano que tambien fué á incorporárseles, don Juan Alfonso de Alburquerque, don Fernando de Castro, y multitud de otros nobles y caballeros de Castilla. Quedábale apenas á don Pedro una hueste de seiscientos hombres, con la cual y con la reina doña María su madre y con doña María de Padilla se acogió á Tordesillas. No tardó en ver ocupados todos los pueblos de la circunferencia por las tropas de la gran confederacion. Lo que pedian entonces asi los de la liga como las ciudades sublevadas era, que hiciese vida con doña Blanca su esposa tratándola como reina, que apartase de su lado y privanza y del regimiento

del reino á los parientes de la Padilla, y que á esta la pusiesen en alguna órden del reino de Francia ó del de Aragon. Por acuerdo de todos los de la liga pasó la reina doña Leonor á Tordesillas á esponer de palabra al rey su sobrino estas proposiciones, asegurándole que de otorgarlas y cumplirlas todos se darian por pagados y contentos y volverian á su obediencia y se pondrian á su merced.

Con loca tenacidad se negó el rey á todo; y sin ablandarle las prudentes reflexiones de la reina su tia, ni intimidarle la imponente actitud de los confederados, ni arredrarle el aislamiento en que se iba viendo, ni amansarle las enérgicas exhortaciones y mandamientos del pontífice, manifestó que por nada del mundo dejaria la Padilla, y ciego de amor hasta el delirio y animoso hasta la temeridad resolvió hacer rostro á todo y luchar á brazo partido con todas las contrariedades. Volvióse la desdeñada reina con aquella respuesta al campo de los confederados, los cuales despues de haber amagado á Valladolid y Salamanca entraron por fuerza en Medina del Campo, que estaba por el rey. Allí murió á los pocos dias don Juan Alfonso de Alburquerque. Aunque entonces se susurrára, y en algunas crónicas se lea que el rey hizo dar yerbas á su antiguo valido por medio de un médico italiano que le asistia, como no hallemos esta especie bastante justificada, queremos complacernos en creer que la muerte fuese natural. Lo que hay de